

## **PALABRAS DEL PRESIDENTE DEL CERMI EN EL ACTO DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO “CALLEJA DEL ALTOZANO/MEMORIA DE UN LECTOR INEXPERTO” DE JOSÉ JULIÁN BARRIGA BRAVO**

---

El libro de José Julián Barriga Bravo, acaso sin quererlo, sin deliberación ni advertencia del propósito, como suelen hacerse las cosas mejores, combate certeramente una superstición moderna, la del autor, y restituye una tradición minuciosamente vulnerada: la del lector. Desde su página inaugural, desde su mismo título, se apela al lector, al lector que es uno mismo *haciendo memoria*. La modestia de José Julián, esa vanidad invertida, lo califica, al lector que no es otro que él de “inexperto”; ese calificativo es pudorosamente inexacto, pero lo admitimos en gracia a hacerse perdonar la tarea ingente que despliega: demoler la escritura en beneficio de la lectura.

Lo que la superstición moderna no nos deja ver es que la lectura es posterior y superior a la escritura, que la lectura acaba y hace perfecta a la escritura, que una es tributaria de la otra. La autoría es una afección reciente, en fase de brote, que estamos llamados a superar. Quizás estemos convalecientes ya y este libro sea un índice de esa sanidad futura. El ejército de salvación ha sido movilizado.

Adquiere sentido y se comprende así plenamente aquella observación de Borges, muy leído en este memorial por José Julián Barriga, de que *los buenos lectores son cisnes aun más tenebrosos y singulares que los buenos autores*. Ignoro si en Extremadura habrá cisnes -mi conocimiento de la avifauna de esa tierra es hartamente deficiente- pero el

ejercicio de lecturas que José Julián Barriga exhibe en esta obra le confieren todos los atributos que asociamos a ese animal casi mítico: distinción, elegancia, plenitud sin sensación de esfuerzo por alcanzarla.

Como se ha apuntado ya, “Calleja del Altozano” es una obra binaria; está ejecutada con arreglo a una simetría estudiada que le procura unos encantos particulares. De un lado, la experiencia del rústico, paisano (el hombre del país, de ese país sin mapas que es Extremadura, la última thule hispánica donde todo está por descubrir) que hace suya la genuina religión del lugar. Julián, así visto, es una suerte de sacerdote fiel de los manes, lares y penates del panteón rural extremeño.

De otro, la conciencia de la lectura, de esa biblioteca de Babel revisitada, que no es una torre de marfil, un refugio del mundo, sino otro vasto mundo paralelo, con más carga de realidad acaso, que a través de los libros deja de ser ancho y ajeno.

La obra es un dual tablero donde al escaque blanco de la celebración del hogar le sigue indefectiblemente el escaque negro del libro como altar. Un dios benigno, un dios deseante y deseado (los ecos y las voces juanramonianos suturan el libro), que se deja officiar mediante la suave liturgia de la lectura.

Leyendo la obra de Julián, se nos revela que la escritura es solo creación y que la lectura es comunión. Que escribir, que ser un autor, es orgulloso apego a uno mismo, amor de sí propio y que leer es relación y vínculo, amor del prójimo.

Ni Dios, el creador por antonomasia, se basta a Sí mismo. Unamuno, también muy leído en este “Calleja del Altozano”, anota en su libro “Del Sentimiento Trágico de la Vida”, siguiendo a San Pablo, que el fin de todo es la *apocatástasis*, la gloriosa consumación de los tiempos en que Dios será todo en todos. Pero para esta apoteosis, Dios necesita a los seres humanos, los lectores de su divina obra. Somos cooperadores necesarios de Dios; somos de alguna manera, como se nos prometió, también dioses. La lectura del libro de José Julián Barriga nos depara esta halagadora e inquietante enseñanza.

*Luis Cayo Pérez Bueno*